

¿Cómo me ayuda mi trabajo a vivir, creer y crecer?

La pregunta admite su recíproca: ¿qué aporta mi vida, mis valores y mi capacidad a mi entorno de trabajo?

Trabajar: una forma de servir

otra pregunta: ¿qué significa para mí servir?

VIVIR, CREER Y CRECER

Vivir es la primera vocación de toda criatura, desde que nace.

Creer es lo que distingue a la persona.

Creer no sólo se entiende desde un punto de vista físico; es también el proceso que conduce hacia la meta aspirada, consciente o inconscientemente, de manera voluntaria o no, fruto del desarrollo y a menudo objetivo de un proyecto vital.

Vivir nos une con la naturaleza, con el mundo y el entorno circundante, con nuestros semejantes, con los que nos relacionamos. **Creer** nos vincula a unos principios fundamentales, que nos orientan hacia una dirección u otra. **Creer** nos hace evolucionar como personas y nos impulsa a participar en la construcción de una sociedad determinada a través de nuestras actividades, afectos y trabajos. Un trinomio que puede resumirse en el mundo (vivir), la fe (creer) y el yo (crecer). Como un árbol que nace (vivir) de una pequeña semilla (creer) y a lo largo de los años crece hasta dar fruto (crecer).

2.1. Vivir

Empecemos ya de entrada intentando aplicar el discurso a nuestra realidad concreta. La vida es un camino. ¿Qué elementos la integran? ¿Son interdependientes? ¿Cuál ha sido el/los hilo/s conductor/es a lo largo de este proceso desde que nací hasta hoy? Hay pequeñas anécdotas de nuestra infancia que a veces recordamos y que reflejan todavía hoy, años después, cómo somos. Suele ser de gran ayuda, en medio del ajetreo cotidiano, sentir qué nos hace vibrar para intuir la melodía profunda de nuestro devenir. Así, en momentos de desilusión será útil recordar lo que nos hace sentir vivos, porque si hemos

perdido el hilo, redescubrir aquello que nos conecta con la vida puede ayudarnos a encontrar la senda. De hecho, como la vida recorre una trayectoria no siempre lineal, con más o menos altibajos, es pertinente enfocarla como un largo proceso de aprendizaje en el que se aprenda de los errores para evitarlos en lo sucesivo.

Para el cristiano, la vida es un camino de crecimiento hacia Dios, pero también, con Dios. Ello no la hace exenta de dificultades, pero esa percepción cercana y estimulante de la trascendencia contribuye a labrar una trayectoria de superación personal hacia una mayor plenitud.

Para los occidentales, las grandes cuestiones vitales suelen ser misterios que desentrañar. Lo que lleva a consideraciones profundas, a complejos procesos cognitivos, a arduas deliberaciones para intentar dar respuesta a preguntas que a veces no la tienen, como inicialmente alguien se podía haber imaginado. La nobleza del empeño es loable, pero nos podemos perder en tales vericuetos metafísicos. Y lo que es peor, acongojarnos por no encontrar la solución. Para muchos orientales, en cambio, el misterio es algo ante lo que maravillarse. Una fuerza inexplicable que produce admiración, en última instancia atracción y de ahí movimiento.

También esa parece haber sido la actitud de algunos místicos, para los que la contemplación ha ido acompañada de acción. Sin ser oriental, el ejemplo de Teresa de Ávila, la andarina e incansable monja castellana, la infatigable emprendedora, para utilizar una palabra de candente actualidad, la misma del *embeleso místico* y del exquisito verbo literario (*Dios anda entre pucheros*, ¿podríamos decir hoy que Dios navega por Internet?), puede resultar ilustrativa.

Otra pequeña gran Teresa la ha secundado siglos después, en nuestro tiempo, a orillas del Ganges, y nos ha dejado esta sencilla e inspirada oración:

- La vida es una oportunidad, aprovéchala.
- La vida es belleza, admírala.
- La vida es una bendición, disfrútala.
- La vida es un sueño, hazlo realidad.
- La vida es un reto, Afróntalo.
- La vida es un juego, juégalo.
- La vida es algo preciado, cuídala.
- La vida es algo valioso, consérvala.
- La vida es un misterio, descúbrela.
- La vida es una promesa, cúmplela.
- La vida es dolor, supéralo.
- La vida es un himno, cántalo.
- La vida es un combate, acéptalo.

La vida es una aventura, desafíala.
La vida es una tragedia, enfréntate.
La vida es suerte, merécela.
La vida es vida, defiéndela.

La vida no es un destino, sino una obra en curso, que se define por el mismo acto de vivir y por la forma de afrontar también la felicidad, algo a lo que el ser humano aspira, tiene que ver más con el camino que con la meta.

2.2. Creer

Enfocamos el creer como la referencia a los valores, a aquel motor invisible pero esencial de nuestro yo, para muchos relacionado con la fe e incluso con la espiritualidad. Vendrían a ser el ADN mental de la persona. En esta etapa es necesario preguntarse cuáles son nuestros valores finales y cuáles nuestros valores instrumentales (aquellos que nos encaminan hacia los primeros). Los valores proporcionan solidez, estabilidad y sentido al individuo. Si se revisan y calibran son susceptibles de evolucionar mediante un proceso de pulido y afinación.

Creer puede ser sinónimo de alta probabilidad de ocurrencia de un suceso. Pero también de certificación de confianza («te creo») y de símbolo de comunión («creo en ti»). Las creencias infunden una fuerza interior capaz de transformar situaciones aparentemente imposibles («la fe mueve montañas»).

Establecemos pues un binomio a partir del significado de creer. Por un lado, identificamos creer como el hecho de aceptar un conjunto de presupuestos o axiomas; y es lógico, puesto que se trata de una de las acepciones del término.

Pero la palabra aporta asimismo otra noción muy rica, y es la de creer como el hecho de confiar. Justamente la etimología latina de dicho verbo (*confidere*) proviene de la palabra fe (*fides*).

De ese modo, cuando uno dice «creo en Dios» no se refiere sólo a la aceptación de unos principios de pensamiento, sino especialmente en el cristianismo, a una aspiración y voluntad por desarrollar una confianza profunda en Jesucristo y su estilo de vida. Y esa confianza desprende un impulso positivo, que hace crecer e incluso sentir y gozar de lo que se cree, es decir de la proximidad de aquél en quien se confía. Por eso, la creencia basada en el pensamiento produce seguridad y probablemente conciencia de unidad entre todos los que la comparten.

Ambas sensaciones tienen gran valor. Pero la creencia basada en la confianza produce además sentido y esperanza indispensables también para crecer y a la postre puede encauzar una ruta hacia la felicidad.

2.3. Crecer

Creer tiene innegablemente un componente biológico, pero al mismo tiempo, una dimensión mucho más amplia asociada al desarrollo cognitivo, emocional y espiritual, como partes de un mismo todo. Puede durar toda la vida. En cualquier caso, por la trayectoria ascendente que normalmente asociamos al término, tiene que ver también con la búsqueda, la proyección o en definitiva, el avance hacia adelante. Curiosamente, la apertura hacia los demás nos conduce a menudo a crecer interiormente y viceversa. Como somos seres en progreso, de ahí surge la importancia de la revisión o examen personal, que evaluará la coherencia de nuestras decisiones, pero también de una legítima aspiración de plenitud. El examen tiene que ser como el retrovisor de un automóvil, que permite mirar hacia atrás antes de iniciar el adelantamiento; como un instrumento que proporciona una visión no evidente para poder iniciar un cambio en nuestra trayectoria, y hacerlo con seguridad.

Esa es la finalidad. Cuando no existe tal fin, el análisis conlleva el riesgo de convertirse en parálisis.

Partimos como siempre de unas preguntas para avanzar. Primero mirando al pasado: *¿Cuáles han sido mis etapas de crecimiento, como persona, como profesional, como creyente, si corresponde? ¿Han ido al unísono? ¿Quién me ha acompañado en ese crecimiento? Después, anclándonos sólidamente en el presente intentamos vislumbrar elementos que nos permitan mejorar en el futuro: ¿En qué ámbitos deseo crecer? ¿Por qué es importante para mí? ¿Qué necesito para ello?*

El verdadero crecimiento es un proceso de maduración, que permite desprenderse de lo más superficial o accesorio para dirigirse hacia lo esencial. Sea como fuere, lleva asociada la aceptación y el reconocimiento de mi propio yo (virtudes y defectos, entorno social, situación personal y profesional). El proceso nos permitirá, a partir de lo que somos y tenemos como cualidades, plantear nuestro futuro. Implica la asunción de la propia libertad y por ende, responsabilidad, imprescindibles para desarrollar

la capacidad de amar: el gran catalizador del crecimiento humano.

De un modo más práctico, concluimos que para crecer como personas en un medio laboral exigente, conviene refrescar una serie de actitudes. Sin ánimo de ser exhaustivos, las podríamos resumir en:

- Formarse adecuadamente.
 - Fomentar el entusiasmo sereno y el reconocimiento hacia los demás.
 - Compartir y contrastar nuestras vivencias, aunque sin vehemencia ni comparaciones que acentúen la ambición.
 - Aceptar con humildad la pequeñez y las limitaciones... pero ¡ojo!
- Como se afirmó con desparpajo en una reunión, «somos pequeños, pero no feos».
- Considerar el trabajo con deportividad: unas veces se gana y otras se pierde; lo importante es participar y debemos evitar en lo posible que las derrotas nos hagan añicos, porque forman parte de la vida.
 - Cultivar alguna afición, más allá de las obligaciones laborales.
 - Facilitar momentos para que haya “juego” en nuestra vida, es decir, espacio y capacidad para el movimiento, el ajuste y la adaptación, imprescindibles para desarrollar la resiliencia ante imprevistos.

Quizás esto nos conduzca a tomarnos tiempo, a esponjar nuestra agenda o a ordenar nuestras actividades.

En cuanto a los medios que coadyuvan a un buen crecimiento, no hay que olvidar el cuidado de la salud, las buenas lecturas, el ejercicio físico, las amistades, la meditación, la expresión artística en sus más variadas formas, el espíritu solidario, los viajes, el estudio, el contacto con la naturaleza, la oración...

Son tantos los medios, que cada cual debe escoger aquellos que más están al alcance de sus gustos, aptitudes y situación.

El crecimiento, tanto en la esfera personal como laboral, se suele producir en el marco de un grupo y normalmente a través de unos referentes; personas con mayor experiencia que uno mismo de las que hemos aprendido, incluso sin llegar siempre a percatarnos.

Pero también podemos ser nosotros mismos esos mentores. En una época como la actual en donde la praxis del mentor está muy de moda en algunas grandes empresas, por no hablar del fenómeno del *coaching* que adquiere preponderancia cada día, cabe recordar otro texto de Teresa de Calcuta:

Enseñarás a volar,
pero no volarán tu vuelo.
Enseñarás a soñar,
pero no soñarán tu sueño.
Enseñarás a vivir,
pero no vivirán tu vida.
Sin embargo...
en cada vuelo,
en cada vida,
en cada sueño,
perdurará siempre la huella
del camino enseñado.

2.4. Integrando las tres dimensiones: la vida como vocación

Las tres dimensiones a las que nos hemos referido están interrelacionadas. Alguien podría incluso pensar que «vivo y creo, luego crezco», ya que el creer nos orienta hacia el crecimiento y no podemos creer si no sentimos la vida como algo intenso.

¿Qué cemento aún a esos tres fundamentos?

¿Cuál es el vínculo que hace de nuestra vida un camino (crecimiento) hacia un horizonte (creencia) en un lugar y momento concretos, con un grupo de personas (comunidad)?

La clave está en saber y poder conciliar las tres, no en abstracto, sino en el medio y circunstancias en los que nos encontramos. En definitiva, vivir, creer, crecer como un itinerario personal y comunitario, porque no crecemos nunca solos.

Pensamos que en el centro de esa argamasa que cimenta el trinomio mencionado está el amor en alguna de sus muy diversas componentes, que se proyecta de uno u otro modo a las distintas esferas de la vida y no sólo a la individual o familiar. Por ser el trabajo una de las que más tiempo nos ocupa, no debería obviarse ese principio fundamental.

Una imagen típica es la del árbol, al que se asemeja nuestra vida. Las raíces son los valores y nutrientes que llevamos dentro. Nuestro cuerpo, mente y espíritu crecen a partir de ellas y del humus que las alimenta.

Ahora bien, el crecimiento está influido por el ambiente y factores externos como el sol, la lluvia (a veces ácida), la sombra de los otros árboles o los cuidados y atenciones recibidos (la educación). Con la diferencia de que nuestra conciencia nos permite no sólo ser árbol, sino también jardinero: podar las ramas secas, abonar, regar, enderezar,... Nuestro camino de crecimiento, como el árbol, aspira a ser ascendente y a ser reconocido por sus frutos.